

RESEÑA

DOI: 10.22199/S07198175.2016.0002.00009

OSCAR VELÁSQUEZ, Breve tratado sobre la naturaleza trascendental del cosmos, Santiago, Editorial Universitaria, 2015, 178pp. ISBN: 978-956-11-2482-0.

El Profesor Velásquez nos presenta este llamado 'Breve Tratado', título humilde para lo que parece ser un resumen de un pensamiento que abarca toda la vida misma del A. El cosmos es visto desde el tiempo y el espacio, las 2 realidades (¿qué otro nombre darles?) que definen nuestra relación con nuestro entorno y con nuestra realidad propia.

El Tratado se compone de 11 capítulos, que son un desarrollo continuo y cada vez más profundo del pensamiento del A. El c. 1 presenta los 4 conceptos básicos: espacio, infinitud, tiempo, eternidad. Hay una superación de los límites y el mundo tiene carácter trascendental, la eternidad e infinitud son trascendentales porque, de ellos, no tenemos experiencia directa, pero son productos de una reflexión acerca del universo.

La naturaleza nos permite llegar al espacio y al tiempo, pero, ¿cómo relacionar tiempo y eternidad, espacio e infinito? El cosmos es la realidad y es nuestro horizonte. El mundo es mediación porque es imagen; tiene orientación. En primer lugar, debo conocerlo: la inteligencia es primordial, de ahí que la mente es la manera de relacionarse con el cosmos. Además, tenemos una tripartita: el cosmos, nosotros y la relación, por lo que existe una razón ontológica y una razón trascendental que es apertura total.

El ser humano reconoce la realidad natural y se arriesga a reconocer la sobre-naturaleza. Así el cosmos es sujeto de transcendencia. La razón ontológica advierte que hay algo más que la inmensidad del cosmos.

El c. 2 ofrece testimonios históricos. Descartes, con su nuevo método, muestra la razón en el acto de interrogarse. La duda ayuda a crecer. El ser divino es una idea que resulta ser una substancia infinita, pero solo muestra el mecanismo de la razón. Con Levinas, el cogito estalla: el infinito es inamisible. Hay que asumirlo o expulsarlo. Nietzsche, al negar la transcendencia asesina a Dios, es decir, lo priva de derecho. Hegel sigue con el auto-conocimiento colectivo. La auto-conciencia es lo primero porque se concibe a sí misma. Lo religioso es lo máximo. La auto-conciencia es esencia simple de vida porque se produce y se mantiene. El ser es “el tiempo que en su igualdad consigo mismo tiene la forma estable del espacio”. La razón es árbitro.

En el c. 3, la naturaleza va con espacio y contenido; es extensión y energía. Hay relación entre extensidad del espacio y extensividad del tiempo. De esta manera el espacio es lo básico; el tiempo va con la organización y las formas son la demarcación. La razón determina según su capacidad, se implica en la realidad y se compromete al actuar. En vez de la palabra griega ‘ousia’, el A. prefiere ‘eidos’ que es ver las cosas en su despliegue inteligible. ‘Eidos’ es orden, configuración de las cosas en sí misma, entonces, la razón puede ver lo particular y lo transcendental. La realidad es un mundo de cosas solidarias. ‘Eidos’ es la forma o figura; es algo que tiene figura (configuración) y las ‘Ideas’ de Platón son formas inteligibles, por lo tanto, esto ayuda ver la naturaleza transcendental. “Lo transcendental se establece en la inmanencia del sujeto”. Hay relación entre el más allá y el más aquí.

Por otra parte, la razón es la capacidad humana de pensar y elaborar ideas. La razón es juicio: ordena, condiciona nuestra inteligibilidad

según la espacialidad de la realidad. Así, la razón es poder porque relaciona, por la razón el universo adquiere diversidad y unidad en nosotros. La razón está abierta a los signos del infinito.

El mundo es extensión y tiempo. La razón es intensión, es decir, poder intelectual relacionado con el tiempo y la dimensión. Hay correspondencia entre la cosa real y la cosa en la razón. El eidos concilia. Por la razón, el universo adquiere diversidad y unidad en nosotros, de esta se necesita la unidad para ver la multitud.

La razón está abierta a los signos del infinito. Así presente un objeto superior desconocido, en este sentido, lo que supera la razón es lo que la fundamenta. Por eso, se refugia en el número para sustraerse al infinito. Lo que orienta hacia este objeto infinito es la razón transcendental. El acto religioso empieza en la razón y es compatible con ella. El primer acto religioso es reconocer a un objeto superior.

El cap. 4 muestra cómo el tiempo se mide con el espacio. Hay ordenamiento espacial. Para nosotros, hay dos tipos de tiempos: el entorno (noche, día) y lo propio (el presente). La temporalidad es el tiempo en nosotros; es resultado de una interiorización. La conciencia permite la razón y la transcendencia: el ser humano busca trascender su propio ser. El tiempo es vida.

Además somos el resultado del espacio y del tiempo, con una conciencia abierta al universo. El ser humano es autónomo y trascendente. Así vemos a la temporalidad y la eternidad. La eternidad es allá (allendidad) y la temporalidad acá (aquendidad). La vida misma es el nexo entre tiempo y eternidad. Todo fluye.

La razón conoce su límite: hay intuición de sí con tiempo y espacio que se exterioriza como eternidad e infinitud. Hablar de eternidad es reflexión desde la experiencia. Así la mente ve el cosmos como signo de algo: lo físico se hace meta-físico y pasa a la eternidad.

Ver el movimiento de los planetas es pensar, mirar el cielo es mirar de dónde provenimos. El tiempo es la interacción de las fuerzas estelares y como resultado, surge la vida y la conciencia de esas fuerzas temporarias.

El cap. 5 nos introduce desde la trascendencia en Dios. Dios es objeto y fin de la trascendencia, pero no se confunde con ella. No se trata de probar a Dios; tampoco de invalidar esfuerzos; la trascendencia es asunto de la razón cuando incursiona en objetos sobrenaturales. Así sobrepasa la razón ontológica. Dios es predicado, es decir, se habla de sus cualidades: eternidad e infinitud.

Para el cap. 6, la razón ontológica busca certeza, pero debe abrirse a la razón trascendental. Debe llegar al límite de las categorías del espacio-tiempo, aunque debe aceptar no comprender: se atreve a pasar los límites del pensamiento.

El cap. 7 habla de alma del mundo. Lo espiritual es la relación del nosotros con el mundo, si los objetos tienen algo inteligible e impecadero, esto significa que el alma también lo es. Se puede ver la relación con las Ideas de Platón. Sin embargo, la cohesión se hace en la mente, es decir, mente y cosa tienen una inteligibilidad. Es bueno recordar la tragedia griega: el héroe es una individualidad que no quiere ser destruida por el destino. Todo ser existe para nosotros cuando podemos decir 'esto'.

El ser humano tiene su singularidad, pero algo se salva de la destrucción. El ser humano no es solo presencia. Existe algo que preserva la singularidad: es lo que llamamos la mente; es el eidos; es el principio pensante.

Se puede concebir al ser humano como una polis sostenida por una soberanía interior. El principio fundamental debe ser espiritual: el alma. Esto quiere decir que no basta el cerebro. El ser humano se comprende, es sujeto: hay conciencia. Todo esto es el alma.

En el ser humano, hay un principio que lo hace capaz “de vivir unitaria e intelectualmente para consigo mismo y de abrirse hacia un universo de alteridad”.

El cap. 8 muestra el significado inteligible de lo divino. El movimiento va con el número, es decir, hay una estructura unitaria; hay interdependencia entre materia y energía. En dos individuos, hay singularidad y diferencia. Todo diálogo es transcendencia porque muestra lo propio (el alma) y el otro. Lo sagrado es teofánico: hay unión de dos mundos. La transcendencia es el lazo de la conciencia con lo sagrado y el lenguaje es hermeneuta.

En el cap. 9, partiendo del Agamenón de Esquiles, el A. pone a prueba la transcendencia. Agamenón es el héroe asesinado. Aunque todo empezó con una buena noticia (la caída de Troya), el coro canta la realidad: el mundo avanza a la ruina. Pero el destino (la Moira, que es el lote de cada uno) muestra que la individualidad es drama. El destino es vinculación del tiempo en el espacio. De allí se ve la precariedad de la vida: morir es normal; morir trágicamente es acontecimiento; el hombre juega su libertad.

El destino es mi destino y es algo dado, la muerte es trágica, es decir, es suceso moral. Y es difícil trascender cuando la vida se ve limitada por el destino: eso es lo trágico. La redención del héroe viene de la energía que transforma la muerte en grandeza trágica. Hay una pequeña franja de libertad: la transcendencia es redención.

Ifigenia (Eurípides) acepta su destino, es decir, lo trasciende. Agamenón y su hija aceptan el destino: son víctimas propiciatorias. El teatro es purificación, como un sacramental. El *mithos* deja lugar al *logos*.

Con el cap. 10, pasamos a la Eneida. Porque es transcendental, el cosmos es también inteligible y somos capaces de expresar todo el ser: siempre hay cabida para lo que no se ve. De allí, la grandeza de aquel que indaga: el ser humano. Puede conocerse y así remontar

al infinito eterno. Todo destino es mío y viene de fuera. Así Eneas tiene conciencia de su misión. El fatum es el porvenir, es decir, el tiempo. Eneas ve su misión, pero no es una marioneta en manos de los dioses. El tiempo y el espacio es la misión de todos. Ulises busca restaurar el pasado; Eneas impulsa el futuro. Y ese futuro, el lector lo ve realizarse: el tiempo es lineal. La Sibila expresa lo de Apolo: hay un encuentro entre el ser humano y la divinidad. La palabra profética consagra la misión.

Eneas es pío porque muestra un respeto profundo hacia su padre que le muestra el futuro. La historia, ciencia del pasado, debe quedar abierta al futuro. El héroe representa la nación y el tiempo físico va con el tiempo espiritual.

El cap. 11 es resumen y conclusión. El pensamiento y el lenguaje están íntimamente relacionados. El tiempo básico es el devenir: cada futuro se transforma en pasado. El tiempo es “una manifestación hablada de una duración del espacio” y nuestra mente da permanencia al cosmos porque transforma la creación en inteligible.

El futuro es más un deseo que un tiempo real. El presente se prolonga en el futuro (véase nuestra manera de hablar: voy a viajar) La acción es fundamental. La realidad es ‘mithos’ (relato) y es decir (logos). El ‘eidos’ es la representación mental de la acción o de la cosa. El verbo es el tiempo espiritual y, en el hombre, es experiencia, es decir, lapso de vida. El tiempo transcurre fuera, pero está conectado con nosotros.

Somos más que cerebros. Está la mente. Hay un ‘yo’ espiritual, es decir “una temporalidad asentada en un organismo viviente”. Entonces, el tiempo es más que el tiempo y el tiempo espacial es también espacio temporal.

El ‘eidos’ es la forma inteligible. Con la palabra, hay un sujeto que dice en relación con el tiempo y el espacio. El hablar permite al hombre trascender.

El texto es profundo, a veces difícil de leer. Sin embargo, esta misma profundidad permite al lector reflexionar, vivir la misma experiencia: desde el espacio y el tiempo, acercarse por la palabra al infinito y a la eternidad. El camino vale la pena.

Dr. André Hubert R. sj